

JORGE EDUARDO BENAVIDES

el collar de los balbases



La Huerta Grande
EDITORIAL

EL COLLAR DE LOS BALBA- SES

JORGE EDUARDO BENAVIDES

© De los textos: Jorge Eduardo Benavides

Madrid, 2018

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-10-5

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien
Comunicación

DE CÓMO ENCONTRÉ LA HISTORIA QUE DIO ORIGEN A ESTA NOVELA

Ruego al lector paciencia para avanzar por estas primeras páginas esperando que al final su esfuerzo se vea suficientemente recompensado por los datos que aquí aporto para la mejor comprensión del relato cuya lectura está a punto de iniciar. Y es que muchas veces lo que separa la ficción de la realidad es apenas una difusa línea de sombra que escasamente nos deja distinguir en qué parte del territorio ponemos pie: si en el de las cosas verificables, exactas y tangibles o ya de lleno en el de la especulación, el engaño y lo apócrifo. Algo así me ha ocurrido con esta historia, con la que tropecé, literalmente, mientras trabajaba en una novela anterior, que transcurre entre un convento arequipeño —el monasterio de Santa Catalina— y el Madrid cortesano de principios del siglo xix.

Cuando un escritor investiga sobre el tiempo y el escenario en que va a transcurrir su narración suele encontrarse con anécdotas, personajes y peripecias que, aunque resulten apetecibles por lo pintoresco e interesante que son, es menester apartar de la trama sin remordimientos ni contemplaciones, so riesgo de conturbar esta y llevarla por caminos que no le son propios. Pero esa tarde de primavera en la Biblioteca Nacional de Madrid, al leer en el *ABC* del 8 de diciembre de 1956 la historia del collar de los Balbases, no pude menos que detenerme, paralizando mis fatigasas

investigaciones conventuales, y quedar embrujado con este relato que, a grandes rasgos, dice así:

En cierta ocasión, la reina doña María Cristina de Austria, segunda mujer de Alfonso XII, queda preñada por el collar que luce la esposa del mayordomo real de palacio y gran personaje de finales del siglo XIX, Pepe Alcañices, duque de Sesto y marqués de los Balbases, título este último por el que le corresponde precisamente heredar dicha joya, motivo de deseo de la reina. Gran amigo y casi un padre del rey, Alcañices accede a hacer una copia del collar para satisfacer el capricho de doña María Cristina. El rey por su parte decide obsequiárselo a su esposa con una regia —y severa— condición: se lo entregará solo cuando ella le dé un primogénito que continúe la línea sucesoria española. Finalmente, cuando la reina se queda embarazada, Alfonso XII cae enfermo de la tisis que arrastró durante años y no se levantará ya más de su lecho. Días después del deceso, Pepe Alcañices cumple sin embargo con lo prometido y le entrega la copia del magnífico collar a la reina viuda.

Intrigado busqué en el catálogo de la biblioteca y en internet, pero no hallé nada más sobre esta historia, salvo escasos apuntes que repetían el hecho con variaciones insignificantes. La peripecia acabaría aquí sin mayor aureola que la tristeza que se desprende del relato referido, confinado por el tiempo a languidecer entre viejos papeles, de no ser porque poco después tropecé con una pequeña crónica en *La Vanguardia* de julio de 1972, firmada por Pablo Vila San-Juan, y que abundaba sobre el destino de aquel collar del que no se había sabido más, como si su trayectoria resultase tan inquietante y fugaz como equívoca. Será el rey Alfonso XIII —el hijo que no alcanzó a conocer a su padre— quien, según Vila San-Juan, encontrará nuevamente aquel collar. Y de la manera más azarosa. Todo ocurre durante el exilio real en París, probablemente en 1931 o 1932. Refiere el cronista que en el transcurso de una visita suya al Hotel Meurice, donde el rey se hallaba alojado, este le pide lo acompañe al Ritz para «terminar unas gestiones relaciona-

das con la estancia de la familia real en Fontainebleau». Como de allí a la plaza Vendôme no hay gran distancia, ambos deciden ir «democráticamente» a pie. Frente a los escaparates de una joyería de lujo, quizá la propia Cartier, Alfonso XIII se detuvo en seco: ahí, sobre una almohadilla de seda blanca aparecía un espléndido collar. Al cabo de un rato, echándose nuevamente a andar, el monarca confesó que aquel collar era idéntico al que tenía su madre y nunca se puso, porque «respetaba en él un recuerdo muy querido». Y muerta ella, su mujer la reina Victoria tuvo la delicadeza de no lucirlo jamás, a pesar de sus ruegos, añade Alfonso XIII, para terminar con esta melancólica pregunta: «¿Qué habrá sido de él?, ¿en qué manos habría caído?».

Y quizá, ahora con el tiempo me doy cuenta, esa pregunta quedó alojada como una astilla incómoda en la fibra más recóndita de mi fantasía y especulación. Meses después partí para dictar clases a los Estados Unidos y creí olvidarme de todo ello. Porque aun siendo sugestiva, la anécdota del collar de los Balbases leída en sendas crónicas de la vieja prensa española fue relegada sin misericordia alguna al rincón de los elementos innecesarios, enojosos y perfectamente prescindibles. En ese momento yo trabajaba a marchas forzadas en el final de mi novela del convento en la universidad de Green Bay, sin distracción alguna que me perturbara.

Un par de semanas después de finalizar aquel borrador, ya sólo para darle algunos retoques y antes de regresar a España, decidí hacer una visita relámpago a la Biblioteca Pública de Nueva York para buscar cierta documentación que me faltaba y que había localizado allí, sin siquiera vislumbrar que aquel viaje un poco intempestivo me arrojaría ya sin contemplaciones a lo que ahora quiero contar, sacudido por la serie de pequeños accidentes y tropezones que fueron armando, sin que yo lo supiera, esta historia donde apenas agregó detalles y conjeturo desenlaces. ¿Qué fue lo que me zambulló por completo en esta trama de tintes novelescos?

Se trataba de un antiguo y algo descuadernado volumen firmado por Henry Benedict FitzRoy Somerset, duque de Beaufort, que se titulaba, algo escuetamente para el gusto de la época, *My memoirs. Visit to the Court of Madrid. 1835-1836*. Con pie de imprenta de John Murray, y fechado en Londres en 1886. Tomé aquel libro un poco al azar, buscando en sus páginas amarillentas esos pormenores más bien de índole doméstica que tanto ayudan a entender una época, y me sumergí en su lectura sin encontrar al principio nada que realmente me interesase pues, entre otras cosas, la novela del convento que yo estaba escribiendo transcurría entre 1808 y 1816 y lo que contaba el duque de Beaufort ocupaba más bien la década de 1830. De pronto algo captó de inmediato mi interés, desentendiéndome por completo de mis pesquisas iniciales, y ya no pude dejar de leer y tomar notas hasta que dieron las seis de la tarde, hora de cierre, y fui conminado a abandonar aquel volumen y volver, si así lo deseaba, a partir de las diez de la mañana del día siguiente. ¿Podía fotocopiar algunas páginas?, temblé con el libraco entre las manos. No, de ninguna manera, sonrió la bibliotecaria como frente a un loco, era un ejemplar único.

—Venga mañana —insistió, seguramente al ver pintada en mi rostro la decepción.

—Claro —sonreí.

Y así lo hubiera hecho de no ser porque mi vuelo de American Airlines a Madrid estaba programado para diecisiete horas y quince minutos después de ese momento aciago en que yo recogía mi teléfono y mi cuaderno de notas para marcharme de la biblioteca. Ya no tendría más oportunidad de leer aquellas memorias en las que Henry Beaufort daba cuenta de sus aventuras madrileñas y me ponía así sobre la pista de una historia increíble, lo suficiente al menos como para desentenderme momentáneamente de mi novela del convento. Por fortuna, había leído y tomado notas en estado casi febril durante horas, bajo la luz tenue de la lamparilla en un rincón de la biblioteca, temeroso

y neurótico, quizá anticipando lo que en verdad sucedió: que no volvería a ver ese volumen jamás. Pensé en el providencial *smartphone*, que me permitió fotografiar muchas páginas, un poco subrepticamente, antes de saber de aquella prohibición. Ya en la calle, nervioso y excitado, sentí que me sudaban las manos, como un infame *dealer* al pasar mínimas cantidades de cocaína ante los mismísimos controles aduaneros.

Pero bien valía la pena lo que había hecho, porque lo que se contaba allí era material altamente valioso para alimentar esa historia que empezaba a zumbiar como un molesto abejorro dentro de mi cabeza..., y así lo corroboraría ya de regreso a Madrid, cuando busqué en librerías de viejo, en Amazon y en la poderosa red de bibliotecas universitarias norteamericanas un ejemplar de las memorias de Henry Beaufort. Sin ningún éxito.

¿Qué atrajo tanto mi interés? Básicamente, Beaufort narra allí sus aventuras de juventud, cuando con escasos veintipocos años decide visitar a sus primos, los duques de Osuna, en la Corte madrileña. El inglés cuenta con gran aparato descriptivo aquellos años que entendemos como marcas indelebles en su vida —a tenor de la añoranza que hay en sus párrafos— y lo mucho que significó para él la convivencia con Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Beaufort Spontin, xi duque de Osuna, grandeza de España amén de una larga treintena de títulos nobiliarios, poseedor de una de las mayores fortunas de la época, dueño de una voz de barítono prodigiosa, espadachín temible, seductor y romántico, muerto de manera trágica siendo aún muy joven, a causa del amor profundo que sentía por una mujer casada con otro hombre, otro grande de España, Nicolás Osorio y Zayas, poseedor este último de varios títulos, entre los que destacaba el de marqués de Alcañices. Y el recientemente heredado por línea paterna: marqués de los Balbases.

¡Marqués de los Balbases! Creo que di un brinco al leer aquel título nobiliario. Sí, porque el marquesado parecía,

en la prosa atildada de Beaufort, no sólo íntimamente ligado al collar, sino que este lo estaba a una suerte de maldición... Maldición de la que yo sabía el último episodio y que Henry Beaufort no había alcanzado a conocer, porque él había muerto en 1886, años antes de la escena ocurrida en París con el rey huérfano, Alfonso XIII, que era donde se perdía definitivamente la pista de aquel enigmático collar.

Yo tenía, pues, el último eslabón de ese collar histórico, por así decirlo, y que faltaba en el engarce misterioso que proponía el duque de Beaufort en las páginas de sus memorias, tan fortuitamente halladas en la Biblioteca Pública de Nueva York. Y es que no sólo volvía a encontrarme con aquella joya persistente, sino que Beaufort introducía con pulcritud de detective la constancia de sus investigaciones para afirmar que aquel collar estaba maldito. ¡Y por el que hasta su propio y admirado primo, el duque de Osuna, se había visto envuelto en un turbio lance de fatal desenlace! Lance que Beaufort contaba con sorna, inteligencia y lujo de detalles, y donde intervienen no pocos personajes de aquella época, como el célebre bandolero Luis Candelas o el viajero y políglota George Borrow; intelectuales como Larra, Ventura de la Vega y Espronceda, o políticos como Salustiano Olózaga, Francisco Istúriz y Álvarez Mendizábal, completando así la trayectoria que había vivido el collar de los Balbases desde que lo echara a rodar Ambrosio Spínola, varios siglos atrás.

Lo que encontré en las memorias de Beaufort fue un hecho histórico del que apenas hay noticias, y que da cuenta además de una época terriblemente convulsa de la historia española: la primera guerra carlista...

CAPÍTULO I

Gloucester Road, Londres, 1886

Entra una luz tan mortecina por el ventanal que da al jardincillo que diríase no es luz sino apenas un simulacro de tal, el telón que se cierra y anuncia el fin de la escena. Hace frío y mis dedos están entumecidos. Me cuesta encontrar una posición cómoda para escribir sin fatigarme demasiado. Estoy mejor, para qué negarlo, cuidando de mi rosal en el invernadero que aquí, en el despacho, con una manta sobre los débiles muslos, reducido a escombros desde la muerte de mi querida Clarice. Pero el joven Murray, sin la perspicacia de su padre, aunque con idéntica insistencia, me apura para que acabe estas memorias que empecé gozosamente devorado por las llamas del entusiasmo hace ya unos años, y que el tiempo sin embargo ha ido extinguiendo como la lluvia inesperada apaga un fuego demasiado inconsistente. O al menos eso es lo que creía hasta hace un par de días.

Hoy me he levantado muy temprano y he dispuesto todo para que nada me perturbe y pueda avanzar en la redacción de mis recuerdos, ahora que ya intuyo por dónde seguir, cómo guiarme por esta galería subterránea de mis sospechas e intuiciones y cuyas oquedades por tanto y tanto tiempo me han mantenido en una torva penumbra. Sabe Dios que no soy una persona supersticiosa, pero tampoco puedo negarme a ciertas evidencias que he ido recopilando a lo largo de los años en lo que se refiere al collar de los Balbases. ¿Que alguien pueda pensar, al leer estas memorias, que son las divagaciones de un viejo chocho al que se

le va la cabeza? Muy bien, pero por lo mismo que ya, a mi edad, apenas nada me arredra, poco me puede importar lo que piensen algunos.

Escribo pues en este cuaderno con un empecinamiento en el que hay algo de prisa y también de enervamiento, sobre todo desde que hace unos días recibiera inusual carta de mi buen Federico, quien lleva ya cuatro años repuesto como director del Museo del Prado, luego de casi veinte desde que fuera injustamente defenestrado por la llamada Revolución Gloriosa del 68..., una más en la larga historia de revoluciones y levantamientos de mi pobre y amada España. Su caligrafía algo tembleque y algunas frases donde parece remontar con esfuerzo el hilo de sus propias disquisiciones no enturbiaban sin embargo el tono amable de sus comentarios, que calentaron en algo la helada mañana de enero en que, hace apenas un par de días, Ambrose me trajo la correspondencia, cada vez más escasa, por otra parte.

Ya sabía yo de la muerte de su querida hija Luisa el año 84, pero nada me contó del cólico nefrítico que lo tuvo casi agonizando por las mismas fechas. Su salud, dice, contiene más herrumbre que la que se encuentra en los ocre de su gastada paleta. De manera que frente al ventanal que mira hacia Stanhope Gardens acomodé mis huesos ateridos, con los leños de la chimenea crepitando a mi diestra, bebiendo el té caliente que la vieja Mildred, cada día más sorda y cascarrabias, tuvo a bien disponer sobre la mesita de nogal donde había dejado un momento la carta de Federico. «¡Cuidado, diablos!», me vi obligado a increparle, porque a punto estuvo de volcar la tetera sobre los folios. Me miró ofendida, pero no dijo nada. En ellos, Madrazo me explicaba que ha testado a favor de sus hijos, pero también me habla de su contento, sus planes, sus renovadas ganas de pintar, después de haberse mantenido ajetreado y absorbido durante todo este largo tiempo por sus tareas al frente de un museo cada vez más potente y que empieza a hacer de Madrid una verdadera ciudad y no el poblachón que yo

conocí en mis años mozos, años de los que guardo, no obstante, un recuerdo como de ensueño, tal que si mi corazón juvenil se preservase latiendo brioso bajo este cuerpo reseco y hastiado ya de todo. Federico Madrazo ha tenido también algunas palabras de recuerdo afectuoso para con mi primo Mariano, muerto ya hace más de tres años y cuyas extravagancias y derroches imperiales hubieran hecho empalidecer de envidia a un carruaje lleno de zares, durante las muchas décadas en que estremeció los salones más suntuosos de Europa con su arrogancia hierática, sus desplantes de califa, su munificencia de hidalgo desquiciado, que finalmente lo llevaron a naufragar en un océano de deudas, perseguido por implacables acreedores y alanceado por quiebras de fábula, como si se hubiera propuesto cerrar una genealogía epopéyica, la de los Osuna, con una pólvora final que iluminara la noche europea por unos instantes, antes de desaparecer, convertida en cenizas y leyenda. ¡Pobre Mariano! Heredero del ducado de Osuna y de otros treinta títulos —cuando yo lo conocí era sólo marqués de Terranova—, de golpe quiso ser más que su hermano, más que los príncipes y reyes en cuyas cortes fue recibido magnánimamente. Abrumado de sí mismo hasta el desvarío, de pronto ya no pudo encontrar el camino de regreso a lo más íntimo de su ser y se extravió para siempre, dilapidando una fortuna de tamaño sideral en tan solo unos años...

Pero lo que en realidad me ha hecho saltar de la silla y me ha puesto en un estado de desasosiego que no me abandona del todo es lo que Federico me dice en su carta respecto a la muerte del joven rey Alfonso XII, a cuyas exequias asistió recientemente. De esto hará poco más de un mes y, sin embargo, ha tenido que ser mi buen amigo el que me hiciera llegar la noticia, ya que a mí me quedan pocas ganas de asomarme a los periódicos, que sólo traen desgracias, desórdenes y los vientos pestíferos de esta sociedad que parece abocarse a su destrucción, tiznada de hollín y emanaciones ponzoñosas que llegan incluso hasta

este pacífico rincón de la ciudad. Debería haber hecho caso en su momento al viejo Richard Ford y regresar a Heavitree para evitar así el artero alcance de lo que muchos llaman petulantemente modernidad. O quizá sólo se trate de mi propia destrucción, que veo ya más cercana, lo que me hace rechazar todo lo que esta sociedad se empeña en arros-trarme en las narices como prueba de progreso y civiliza-ción. Al fin y al cabo, la medida de eso que llamamos *la in-mortalidad* es nuestra propia finitud, ya lo sé.

El caso es que Federico ha deslizado en mi mente, so-color de referirse a este triste y regio deceso, la presencia del collar, aquella maldita joya que él tuvo el privilegio no solo de trasladar en un par de ocasiones a un lienzo, sino de admirarlo en un escote hermoso y joven muchas déca-das antes de que la mujer de Pepe Alcañices —una rusa de fría inteligencia y arisca belleza esteparia, de nombre Sofía Troubetzkoy— llevara el collar que su marido recibiera en posesión al heredar, entre otros títulos, el marquesado de los Balbases. Exactamente como ocurrió cuarenta años atrás con su madre, cuando Nicolás Osorio y Zayas la des-posara en una de las grandes bodas de aquellos lejanos años de este siglo que ya se acaba... Sí, Madrazo ha des-pertado en mí no sólo los bellos recuerdos de mi estancia en Madrid, sino que ha removido, como la azada remueve la tierra después del barbecho, mi fundado temor a que, efectivamente, sobre ese collar gravite una maldición que por lejana no es o ha sido menos funesta para todo aquel que lo posee o se mueve en el perímetro de su embrujo. Porque lo que cuenta mi amigo en su carta es apenas la úl-tima de las historias que cierran un largo sendero alfombra-do de muertes inesperadas y dramáticas que yo he ido in-vestigando con paciencia y temeridad durante todos estos años. Baste con decir que la hija de la Troubetzkoy, María de Morny, murió en París y por su propia mano, según se rumorea, a causa del despecho que sufrió al no ser corres-pondida en su amor por el joven rey Alfonso, compañero suyo de juegos e infancia...

Y lo que me refiere Madrazo en su última carta es que, al parecer, la reina Cristina de Habsburgo-Lorena, la mujer del desaparecido Alfonso XII, quedó prendada de aquel collar nada más verlo relampaguear una noche, bellísimo y terrible, en el cuello de Sofía de Troubetzkoy, quien tanto la había ayudado en la Corte, razón por la cual Cristina siempre le guardó un rencor lleno de humillación. El caso es que la reina no paró hasta arrancarle la promesa a su marido de que le conseguiría una copia del mismo. Y el buenazo de Pepe Alcañices, alentador de correrías —y perre-rías...— del rey, además de su mayordomo real, consintió en mandar a confeccionarle una copia. Se trata de un collar que ha pervivido desde muy antiguo y de generación en generación en la familia Osorio, por la rama de los Spínola, y por lo tanto de un valor incalculable.

Pero hete aquí que la desgracia que persigue al collar de los Balbases volvió a cebarse enfangando la vida de estos regios nuevos protagonistas en su dilatada historia de desgracias. Porque el rey ha muerto sin ver descendencia y Alcañices, fiel a su palabra, pretendió entregar la copia de la joya a la reina, embarazada pocos meses antes del deceso real. Esta la rechazó con unas tristes palabras: «Ya para qué, Pepe, ya para qué ahora...».

Otra muerte trágica pues, otra historia de retorcido dolor donde aparece este collar.

Nuevamente se ha levantado ese viento de infortunio que sopla desde lo más remoto del tiempo y que yo pensé conjurado cuando mi querido primo Pedro, hermano mayor de Mariano, en un episodio lleno de zozobra, logró poner a salvo no sólo el collar, sino la honra de la mujer que amaba. Yo fui testigo de todo aquello y, si cierro los ojos, ahora casi siempre humedecidos por cualquier tontería, puedo verme con dolorosa nitidez en el palacio de mis primos, los Osuna, diez veces grandes de España.

¡Ah, quién pudiera ser joven otra vez! Me veo, sí. Un mozuelo despistado, lleno de sueños y pretensiones, algo flaco y de alborotada cabellera rubia. Digo *me veo* y decir-

lo resulta exacto. Es como si el tiempo me hubiera otorgado una benévola ubicuidad para contemplarme desde fuera y desde lejos, con esa liviana ternura que reservamos para los muchachos en agraz. Allí estoy yo, entrando en aquel palacio de escaleras de mármol que se bifurcan en sendas curvas elegantes hacia la primera planta, bañadas por la luz de arañas de cristal como no he visto en ningún otro palacio. Llevo una carta de mi padre en la mano. Y Pedro y Mariano están esperándome en la entrada del palacio de Leganitos. Alto y de largas guedejas rubias, de corbata negra y frac, calzado con bota hasta la rodilla el uno; prematuramente calvo, vestido con manto ducal de terciopelo azul turquí, medias de seda blanca y zapatos también de terciopelo, el otro. Salen a recibirme con un abrazo de hermanos, a preguntarme por mi padre, por el viaje, por mis expectativas durante mi estancia en Madrid...

—¿Cómo está mi querido tío?— pregunta Pedro cogiéndome del brazo mientras dos criados se ocupan de mis bultos.

Y hoy, cincuenta años después, siento nuevamente su brazo cálido enroscado al mío. La misma entregada confianza por ese futuro que era todo promesas.

La joyería de Pedro Sánchez Pescador es de lo mejorcito de Madrid, y también está más ricamente surtida que la del romano Ludovico Pasqualini —que, como se sabe, fue discípulo de Leonardo Chopinot, guardajoyas honorario de Carlos IV—, que llegó a Madrid por un feo asunto de faldas y un marido que había jurado matarlo si el desdichado caía en sus manos.

Pasqualini, enteco, sonrosado, de rubias caracolas, no ha perdido su entusiasmo por las mujeres y su elegancia natural algo afectada y traviesa, como tampoco su afición al bolero, la fiesta y la ópera, actividades todas estas en las que ha invertido ingentes fortunas. Pero, en cambio, se dice que sí ha perdido reflejos a la hora de hacer negocios y mantener su prestigio de años. De cobrar mil doscientos